

Así vivimos los ticos

**Nº 14 – Un sabanero guanacasteco
Natividad Contreras Aguilar. 56 años.
4 hijos. Sabanero en una hacienda de
Liberia, Guanacaste.**



—¿A qué edad aprendió a andar a caballo?

—Muy jovencito, tenía como unos doce años. Después abandoné los trabajos de a caballo y me dediqué a los trabajos de la vida, a labrar y así; labré 22 años.

—¿Sus padres eran sabaneros?

—No, mi padre era mejor dicho un industrial. Vivíamos en Sardinal de Carrillo, en la vía de Liberia, se dedicaba al comercio; él compraba, vendía, contratava, en fin, de todo.

—¿Ha hecho otro trabajo distinto a "sabanear" y labrar?

—Casi que no; sólo esos dos.

Después de que dejé de labrar fui mandador de esta finca.

—¿En dónde nació Ud.?

—En Sardinal de Carrillo. Tengo 56 años de edad.

—¿Fue a la escuela?

—En aquel tiempo habían pocas escuelas, relativamente, pues; nosotros nos quedamos un poco brutas. Cuando fuimos un poco más crecidos pagamos una escuela nocturna y así adelantamos un poco, ya cuando era hombrecito de 16 años. Eso fue en Libertad de Sardinal.

—¿No tuvo oportunidad de seguir estudiando? ¿Sus padres hicieron algún esfuerzo para que Ud. fuera a un colegio?

Natividad Contreras Aguilar. 56 años. 4 hijos. Nos contesta una serie de preguntas sobre su vida, la de los suyos y lo que lo rodea en la zona guanacasteca en donde vive y trabaja.

—No tuve oportunidad; en ese tiempo no había colegio en Guanacaste. Nosotros estábamos muy lejos, hasta para ir a la escuela. Había problemas para asistir a la escuela.

—Buena, pero, en resumidas cuentas, ¿sabe leer y escribir, verdad?

—Pues no muy bien, pero algo le hago. Nosotros éramos cinco hermanos los que le pagamos a la maestra para que nos enseñara. Estuvimos sólo 4 ó 5 meses y después yo me adelanté solo porque lo que aprendí últimamente fue solo, porque era interesante aprender algo.

—¿A qué edad se ganó el primer jornal?

—Ah, como no, claro; a la edad de doce años. Empecé a ganarme cuarenta centavos, de pasconero en el ingenio de la hacienda Tempisque. Allí había un ingenio bien fuerte de los señores Sobrado.

—¿Qué tipo de trabajo le tocó que hacer?

—Había de todo; trabajo suave y trabajo duro; yo los probé todos. Me gustaban más los duros porque se ganaba más.

—¿Recuerda Ud. cuánto ganaba su padre?

—Caprichosos, como comerciante. Un día un sueldo; otro, otro; a veces tal vez nada.

—¿Cuáles eran las comidas corrientes en su casa?

—En ese tiempo la vida, Míay, era nada menos que 'gua' a la que tenemos ahora. Arroz y frijoles y cuadrado; en ese tiempo estaba en su apogeo el cuadrado.

—Describame cómo era su casa; ¿tenía agua, electricidad o alguna otra "comodidad"?

—No, nada, nada. El agua se iba a jalar de un río como a 350 varas de la casa.

—¿Era propia de sus padres la casa?

—Sí, era propia de papá.

—¿A qué edad le pagaron el salario de "adulto" o peón completo?

—Ahí me fui yo ganándome, que un día seis reales, que otro un peso hasta que llegué a ganarme el salario completo como a la edad de 14 ó 15 años.

—¿Cuál es su salario en la actualidad?

—Ahora gano cuatrocientos cincuenta colones, y pago ciento veinte de comida. Es que soy mandador de esta finca. Yo le pago a la fondera la comida, como los otros sabaneros. Los otros sabaneros ganan trescientos colones y pagan comida y seguro; les queda como unos doscientos mensuales.

—¿En donde conoció a su señora?

—La conocí en Cañas Dulces.

—¿Le gusta tomarse algunos traguitos?

—No señor. Tomaba sí algunas cervecitas en un tiempo; después abandoné eso porque no sirve.

—¿Fuma?

—Fumaba pero ya no. No me hacía daño pero lo abandoné.

—¿Le gusta el vino de coyol?

—Sí, me gusta pero a veces, cuando está dulce; fuerte no. Ahí para adentro en la hacienda hay bastantes coyolares.

—¿A qué hora comienza su labor?

—Nosotros no tenemos hora fija; a veces empezamos temprano, nos levantamos a las cuatro para comenzar a las cinco, si tenemos que ir largo; si no a las cinco para empezar a las seis de la mañana.

—¿Puede describirnos su trabajo? ¿Qué cosas hacen?

—Sí, sí. Hacemos cercas a veces; regarle sal al ganado, curar los animales, reparar cercas. De todo lo que hay que hacer en una finca.

—¿Anda por lo general todo el día a caballo?

—Todo el día andamos a caballo; a veces es de noche y nosotros todavía estamos montados a caballo.

Gentes y Paisajes

Texto y fotografías:
MIGUEL SALGUERO.

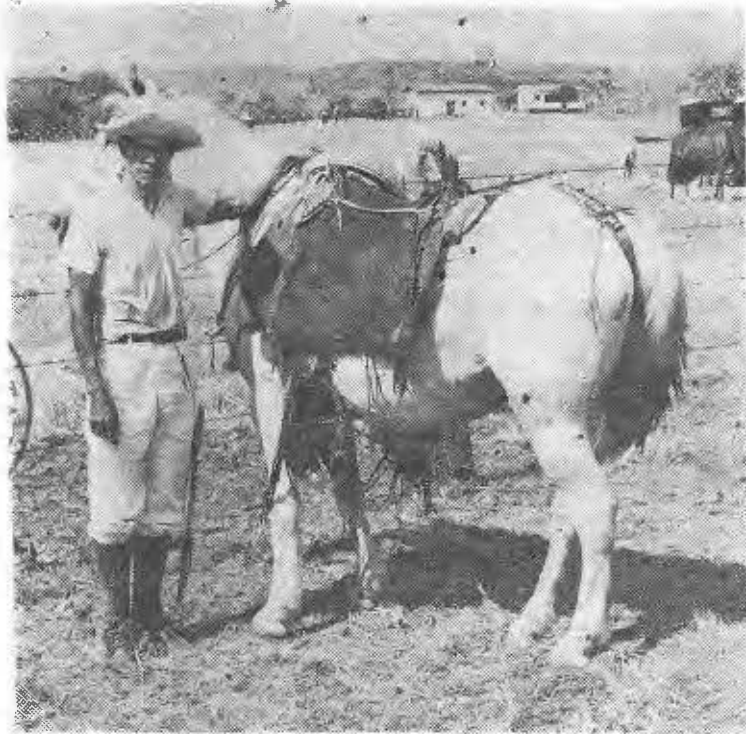


Sabaneros guanacastecos en labores de reparación de cercas.

Continúa...

"Yo no tengo ninguna esperanza de cambio. Creo morirme y el cambio será para la historia. Yo veo cada día peor la situación en Costa Rica. Usted sabe, la pobreza es algo que pone a pensar a todo el mundo..."

No quiero automóvil ni una moto; quiero una finca. Es que si tengo una moto es como si tuviera otra mujer... mucho gasto.



"No, no quiero automóvil ni una moto; quiero una finca". Natividad Contreras posa con su caballo, al filo del mediodía en una hacienda guanacasteca.

—¿Se siente defraudado con los políticos?

—Yo no tengo ninguna esperanza de cambio. Creo morirme y el cambio será para la historia. Yo veo cada día peor la situación en Costa Rica. Usted sabe, la pobreza es algo que pone a pensar a todo el mundo.

—¿Qué le parecen los viajes a la luna?

—¿Sabe que eso no lo he creído? Lo considero una mentira.

—¿Cómo así?

—Yo no creo que nadie ha llegado ahí. Será que estoy engañado. Que me digan que van a recorrer toda la tierra, muy bien, pero ir a la luna, no. Cuando oigo los comentarios de la luna apago el radio porque sé que es una mentira.

—¿Qué piensa de los diputados a la Asamblea Legislativa?

—Sí, muy buenos. Ellos una cosa que ven que perjudica no la dejan pasar. Hacen una obra muy buena.

—¿Cree que los diputados de Liberia han hecho una labor meritoria?

—Pues no han dejado de trabajar.

—¿Qué piensa Ud. del Poder Ejecutivo, del Presidente?

—A ese es al que viven tallando los diputados todo el tiempo; y si ellos no lo tallaran quién sabe que pasaría. Yo creo que la única administración buena fue la última de don Ricardo Jiménez. Eso sí era bueno. Habían empresas, había todo lo que Ud. buscaba. El asunto monetario estaba completamente al día con la ciudadanía del país; hoy no, hasta el mismo gobierno no quiere pagarle al empleado público.

—¿Le parece que anda bien la justicia en nuestro país?

—De eso no tengo ningún conocimiento.

—¿Qué le parecería Ud. si llegaran y le dijeran que van a repartir esta tierra entre los pobres?

—Eso sería ideal, no sólo para mí sino para los compañeros. Me parecería una buena medida. Pero es una cosa que sólo puede resolverla el ITCO, de ahí en fuera nadie. Yo estoy de acuerdo en que le vendan a uno, pero cómodamente, a plazos. ¿Quién es el que no quiere? Todo el mundo quiere.

—¿Qué le gustaría tener en su casa, de contar con dinero para adquirirlo?

—Pues tener una vida más o menos decente; siempre que llegara a poder. Me gustaría un televisorcito para que se distraigan los chiquillos. La refrigeradora no me parecería muy interesante.

—¿Si tuviera suficiente dinero qué compraría, un automóvil o una finca?

—No, no quiero automóvil ni una moto. Quiero una finca. Es que si yo tengo una moto es como si tuviera una mujer, mucho gasto. Cada vez que yo me monto en la moto tengo que estar gastando una peseta en combustible. Y de pronto una reparación. Además, me trae la vagancia.

—¿Qué le parecen los servicios de autobuses en Liberia?

—Muy bien. La empresa muy buena, es una maravilla. El pasaje no es caro, ni tanto; es cómodo. Todo el mundo ni lo siente. Ese sí ha sido un paso muy adelante.

—¿Si le dicen que van a abrir una zona agrícola a cinco horas de Liberia, se iría a hacer una finca?

—Cómo no. Siempre que me den alguna ayuda perfectamente me iría.

—¿Hay muchas serpientes por aquí?

—No, no. Cascabel a veces, pero una vez perdida es que aparece alguna.

—¿Siempre anda calzado?

—Toda la vida he sido calzado. El calzado es la salud de la persona.

—¿Le gusta montar toros?

—No.

—¿Cómo se acostumbra aquí para el matrimonio?

—Es caprichoso; es a según el arreglo que se tenga con ella; si ella quiere quedito, pues todo queda quedito; si quiere otro arreglo hay que hablar con los viejos. Hay muchos casos en que se llevan a la muchacha sin casarse.

—¿Está contento con el sistema de gobierno de Costa Rica?

—Y aunque no esté hay que aguantarlo. Esta libertad no pueden quitarla jamás. Para eso está el Congreso. Y primero manda a volar al presidente que permitir que quiten esa libertad.

—¿Entonces, cree que hay suficiente libertad en Costa Rica?

—No, qué va a creer! Completa no, empezando por el asunto monetario, porque Ud. con plata sí siente que es libre, pero si no hay donde hacerlo, si no hay dinero, es listo. En cuanto a vivir, se vive tranquilo, así arruinado como vive, pero vive Ud. tranquilo.

—Cuando mueren las personas en las grandes haciendas, ¿en dónde las entierran?

—Antes sí las enterraban en las haciendas, pero ahora se llevan a los cementerios, Liberia por ejemplo.

—¿Usted cree en los "espan-tos"?

—Bueno, no creo porque nunca me han asustado. La gente dicen que salen; algunos dicen que

han visto una mica, una zegua, y así; pero yo no creo en eso.

—¿Qué piensa de la gente que dice que adivina cosas?

—Pues yo pienso que esa gente son vividores, porque relativamente que conozcan algo yo creo que no.

—¿Le parece que sus hijos van a tener una vida mejor que la suya?

—Bueno... si la cosa se pone peor... vivirán peor que yo. Para que se componga esto es cuestión del Consejo de Gobierno, que piense que hay que arreglarlo, que no podemos seguir así porque veo que cada día vamos peor y peor y peor.

—¿Se aplica aquí el Código de trabajo?

—Pues sí, se aplica cuando hay una queja, pero yo no sé qué pasa... parece que la cosa no camina bien. El código debería entrar a las fincas; ver cómo trabaja el hombre, que come, donde durmió...

—¿No vienen los inspectores del Ministerio de Trabajo a estas haciendas?

—No, no vienen nunca. Vino uno un día, hizo preguntas, algunos le hablaron, y no volvió. Eso fue todo.

—Para terminar, nos gustaría que dijera alguna cosa dirigida al país, una especie de mensaje o llamado; quiere?

—No. Cuando una persona se siente que es preparada, pues está bien que haga eso que Ud. dice; pero una persona atrasada veo que es inútil que diga nada. Naturalmente Ud. y yo hablamos y yo le contesto, pero ya para decir algo así, yo no. Liberia, 20 de febrero de 1971.

"Cuando pasa un automóvil uno se alegra y se siente en otro ambiente al ver ese chunche, pero en eso vuelve uno en sí y dice: es inútil pensar en eso, en cosas imposibles. Uno está en lo que está y no tiene derecho a más..."

La gente pobre vivimos en miseria; será porque uno tiene mucho o qué, porque no veo la razón de vivir mal si trabajamos mucho.

—¿Qué piensa Ud. de la gente de San José? ¿Es buena gente?

—Yo voy a San José y francamente... le advierto que voy con miedo. Ando con miedo al ver que en el mismo país de uno existe tanto apache que si uno se descuida lo dejan a brazos cruzados; uno tiene que caminar con todo bien asegurado. Esto no lo veo bien; pero la gente en general, el resto, es buena con excepción de ese grupo de maleantes.

—¿Le parece que los josefinos viven bien?

—Yo tengo la creencia de que se dan una vida más o menos mejor que nosotros aquí. Se ve que hay otro nivel de vida mejor; entiendo que sí.

—¿Cree Ud. que hay mucha gente rica en Costa Rica?

—Bueno, en lo que yo conozco sí he visto mucho rico. Aparentemente son nobles, buenos, caballeros. Pero para aflojar el dinero, eso está un poco duro; hay que hacerlo a la brava.

—¿Y en Guanacaste?

—Uuuuu; hay mucho con bastante plata.

—¿Qué opinión tiene de los ricos guanacastecos?

—Bueno, se sienten firmes con el dinero y es lo primero que hacen: no dejar ir el dinero.

—¿Cree que hay muchos pobres en Costa Rica?

—Ah no, cómo no!, claro. Cantidad.

—¿Cómo es en su criterio la gente pobre?

—La gente pobre vivimos en miseria; será a raíz de que uno tiene tanto vicio o qué, porque no le veo la razón, porque el trabajo es el mismo. Será que tienen mucha familia...; tal vez un hombre que vive trabajando tiene diez y doce chiquillos... ese hombre está listo. Por ahí viene la ruina.

—¿Se "halla" en Guanacaste?

—Ah sí. Si no estuviera contento ya me hubiera ido a otra parte; a otro lugar en que estuviera tranquilo.

—¿Cuáles son los problemas mayores del sabanero?

—Cuando le sucede una desgracia; que se golpea, le cae un caballo encima. De ahí en fuera va más o menos... los bajos salarios y la alimentación mala es lo peor.

—¿Se siente cansado a veces, como sin ganas de trabajar?

—A veces sí; uno se cansa. Pero hay que pensar que mientras se puede tenemos el deber de trabajar.

—¿Usted cree que trabaja demasiado en relación con otros guanacastecos?

Cómo no; eso es indiscutible. El sabanero tiene un trabajito duro que hay que ponerle amor porque si no no se mueve. Por ejemplo va corriendo un novillo y tiene que apurarse para agarrarlo, porque si no se le fue. Aparentemente es un trabajo sencillo pero no es así.

—¿Cuando va por estos sitios enormes y ve pasar a lo lejos un automóvil, que piensa?

—Uno se alegra y se siente en otro ambiente al ver ese chunche, pero en eso vuelve uno en sí y dice es inútil pensar en eso, en cosas imposibles. Uno está en lo que está y no tiene derecho a más.

—¿Ud. quiere que sus hijos sigan el mismo camino suyo, es decir, quiere que sean sabaneros?

No, no, no! Dios guarde.

—¿Si sus hijos le piden ayuda para estudiar en Liberia o San José, qué hace?

—Siempre que yo pueda con mucho gusto se la doy. Que estudie lo que él quiera; yo me sacrifico todo lo que pueda para ayudarlo. No me gustaría que siguiera mi camino; es un trabajito francamente matado.

—¿Si llega un comunista y le dice que le va a ayudar para que estudie su hijo, qué le contesta Ud.?

—Si él aprendiera y se profesara y fuera independiente, muy bien; pero si ellos llegan y lo atracan y entonces dicen venga para acá, en ese caso no, porque mejor me sacrificio yo para tenerlo cerca de mí.

—¿Es Ud. católico?

—Evangelista.

—¿Pero, qué le parecen los cambios de la iglesia católica?

—Yo lo considero una cosa casi personal, entre ellos. Si uno progresa el otro está viendo qué hace para que no.

—¿Qué cantidad de dinero lleva cuando va a San José?

—Unos cincuenta pesos a lo más.

—¿Cuánto anda en la bolsa en la hacienda?

—Cuando más un pase para la cazadora.

—¿Qué opina Ud. de las autoridades?

—Aquí son magníficas; más bien yo las critico porque son completamente buenas. Todo el mundo vive bien con las autoridades de aquí.

—¿Qué deportes le gustan? ¿Ha practicado alguno?

—No, no, nada he jugado. Me gusta oír los partidos. Si puedo ir a ver, voy. Aquí no más, a Liberia.

—¿Tiene radio? ¿Qué programas oye?

—Ah sí; allí oigo cualquier programa. Radio Libertad, Columbia... y, en fin, cualquier otra estación. Oigo radioperiódicos; pongo el del mediodía y el de la noche en la Monumental o Radio Reloj.

—¿Recibe los periódicos?

—Compro allá de vez en cuando LA NACION. Lo que pasa es que como vivo muy ocupado.

—¿Ha visto televisión alguna vez. ¿Le gusta?

—Sí es bonita. He visto algunas veces.

—¿Va al cine? ¿Qué clase de películas le gusta?

—Iba en un tiempo, en Liberia. Ahora no; dondequiera que estaba yo iba al teatro; de todas me gustaban, de toda clase.

—¿Qué otras cosas lee, aparte del periódico?

—Novelas no; la Biblia sí. La leo con mucha frecuencia.

—¿Cuando Ud. oye hablar de política, qué piensa?

—Yo me aparto de eso porque no me parece nada bueno, de ninguna manera.

—Si le dicen que viene el candidato de su partido a Liberia, ¿Ud. acude a oírlo?

—Bueno, tal vez, no estoy seguro. Sí he ido. Nunca he hablado ni con un candidato ni con un presidente. Yo camino de largo, no le doy importancia porque sé que esa gente no está para atender a un cualquiera.

—¿Cree Ud. en las cosas que dicen los candidatos? ¿Que van a cambiarlo todo?

—No, no creo en nada. Qué van a estar cambiando nada. Eso lo dicen ellos por un deber, pero qué van a estar cambiando nada! Todo camina igual.

Continúa...



También debe hacer labores con bueyes el sabanero guanacasteco. En la gran hacienda, nuestro entrevistado de hoy prepara una yunta a fin de pegarla a la carreta tosca del norte, tan diferente a las "cartagas".

Así vivimos los ticos

"No sé si por falta de comprensión o será que yo odio la política, con el perdón suyo, por lo sucia que es. Cada cual es cada cual, pero en mi criterio es una tontería perder las amistades por la política..."

Yo veo que cada gobierno que entra soca más el mecate y la cosa se pone peor. No hay forma de que el Gobierno nos ayude.



Ana Rosa, la hija de la fondera. La única muchacha en muchas leguas a la redonda.

—¿Qué le parece a Ud. el . . . ITCO, el Instituto de Tierras y Colonización?

—Casualmente anoche hablaban yo con este muchacho de eso; y bueno, yo estoy de acuerdo con el ITCO porque está para ayudar al pobre y prestarle todas las comodidades, según dicen. Ahora, para hacer algún negocio con el ITCO habría que ver cómo lo va a tratar a uno.

—¿Qué le parecen a Ud. nuestras campañas políticas?

—Ese es un argumento que para mí nunca le ha dado importancia. No sé si por falta de comprensión o será que yo, con el perdón suyo, odio la política por lo sucia. Cada cual es cada cual y tiene derecho a hacer lo que le parezca, pero en mi criterio es una tontería perder las amistades por política. Yo soy muy independiente de la política.

—¿Usted vota en las elecciones? ¿Por qué?

—Creo que he votado como unas dos veces. Yo veo que cada gobierno que entra soca más el mecate y la cosa se pone peor. No hay forma de que el gobierno nos ayude; no, no. No sabemos qué va a pasar con nosotros los pobres. Todo carísimo. Una serie de factores que se le ven encima a uno que la vida se hace muy dura.

—¿Lo han presionado alguna vez para que vote por algún candidato? ¿Los patrones o algún amigo?

—Sí, cómo no. Pero mi declaración ha sido muy sencilla: que yo le estoy trabajando sólo a él; que si él fuera el que iba a ser gobierno, le metería el hombro, pero a otra persona no, porque ni la conozco. Le digo me voy del trabajo. "No, no, hasta aquí llegamos con ese asunto", dice el patrón. Bueno, entonces no pasa nada. Yo siempre he votado por el que he querido.

—¿Pelean con frecuencia entre sí los sabaneros?

—Bueno, cosas pasajeras. Peleas serias no. Antes sí se peleaba mucho.

—¿Le gusta cantar a Ud.?

—No. Este muchacho sabe muchas pero no de aquí, sólo de Nicaragua. El papá era de allá.

—¿Qué come Ud. al desayuno?

—Ummm; bueno, pues, gallo pinto. Alguna otra cosita por ahí. El pedacillo de tortilla y nada más. Café.

—¿Leche?

—¿Leche? ¿De dónde?

—¿Y qué cosas come al almuerzo?

—Arroz y frijoles. A veces bien cocinado, si la fondera es buena; en cambio cuando la vieja es mala cocinera, todo está malo; los frijoles, y todo. Bueno, eso es lo que comemos, con café o avena. A veces pinolillo.

—¿Y por la tarde?

—Arroz y frijoles también. El sueldo no da para pagarle algo más a la fondera, para que nos dé otra cosita. Carne, si la compra uno es en Liberia pero es rareza. Lo que pagamos no da para más. El convenio de ella cuando vino fue arroz y frijoles a toda hora y nada más. Eso convino con el patrón. Por la noche no se puede comer nada . . . no hay plata.

—¿Usted se aleja de este lugar algunas veces para trabajar en otra hacienda?

—Sí, vamos a trabajar y nos vienen a dejar en la tarde.

—¿Cómo hace con la alimentación en esas ocasiones?

—Allá nos dan el almuerzo en otras fondas, el mismo almuerzo, a veces peor porque cocinan hasta sin manteca.

—¿Cree que Uds. están bien alimentados?

—No, no; Dios guarde. ¿Cómo va a ser eso? ¿Cuándo toma uno aquí un poquito de sopa ni nada? El trabajador, mi amigo, está listo.

—¿Cuánto paga al día por la comida?

—Tres setenta y cinco pago yo. Pago un poquito más para que de vez en cuando me den alguna otra cosita. Los otros pagan sólo tres pesos, sólo arroz y frijoles, y ¿qué alimentación es esa?

—¿Usted le da suficiente leche a sus hijos?

—Aquí el que tiene hijos es el amigo, yo los tengo en Liberia. En veces les da, cuando se puede, pero comprada en el Pelón, en la hacienda El Pelón. pero está largo eso. La venden a cincuenta céntimos la botella, pero no es seguro; es que es un sabanero el que tiene unas vaquitas, la hacienda no vende; es que le consiguen a uno así por amistad.

—¿Cada cuánto le compran leche a los niños?

—A veces pasa la semana y no se puede comprar nada; no hay derecho.

—Pasemos a otra cosa fuera de Costa Rica. ¿Qué se oye decir en esta soledades de Rusia?

—Yo en mi concepto me parece que Rusia es una nación muy preparada, ¿pero saber con qué fin? ¿Con qué fin vienen haciendo todas esas cosas? Es lo que no entiendo. Y también es de tenerle miedo.

—Concretamente, ¿qué cree Ud. del comunismo?

—El comunismo me parece que tiene de todo; tiene bueno y tiene malo; yo, por ejemplo, no lo acepto. Me han hablado en una conversación, que el comunismo aquí, que el comunismo allá, pero en mi criterio yo que no soy comunista no me parece y protesto directamente. Pero a veces yo lo deseo, así como cuando piensa uno tonteras, porque digo: que viniera el comunismo para que arreglara todo esto, pero eso no es en serio.

—¿Ha oído hablar de lo que pasó en Chile?

—Sí, he oído en el radio esa vaina. Bueno, ya cuando es por elecciones, hay un poder; entiendo yo que ya el presidente tiene

pueblo y se considera con derecho porque ese pueblo ya lo ampara y así está favorecido. Si algu'en llega por elecciones es pues porque el pueblo quiere eso, porque ha tenido buen éxito.

—¿Usted admira a Fidel Castro? ¿Por qué?

—No, lo he visto sólo en película. Ah no, Dios guarde Fidel Castro. Eso es lo último del comunismo Fidel; sobre todo las acciones de Fidel. Una persona que piense en el futuro de la vida no lo acepta; mejor estoy ganando hambres mil veces pero tengo mi libertad. Póngase Ud. a pensar que en Costa Rica así como estamos listos, estamos liquidados, y póngase a pensar que con el comunismo estaríamos más liquidados porque perdemos la libertad.

—¿Bueno, y qué le parece los norteamericanos?

—Una nación pacífica e industrial, que aparentemente vive de la industria. Parece que tratan con cariño a Costa Rica, pero quién sabe cuál es la intención más adelante. Esta carretera interamericana la hicieron ellos, pero, ¿saber qué cosas piensan para el futuro?

—¿Le gustaría conocer algún otro país? . . .

—Desde luego, claro; hay más de uno que me gustaría conocer. Por ejemplo los Estados Unidos que es un gran país.

—¿Si le ofrecieran un trabajo en San José se iría?

—Bueno, siempre que yo pudiera desempeñarlo, un trabajo de acuerdo con mis posibilidades.

—¿Qué clase de trabajo cree que puede desempeñar en San José?

—Un trabajo de campo, campesino, porque para decir otra cosa, francamente no. Como contabilidad y eso, no.

—¿Y un trabajito en Liberia?

—Sí, claro, pero lo mismo, porque por ejemplo un empleo público no me llama la atención.

Continúa . . .

"Yo lo que veo en los patrones hoy en día es que cuando uno está bueno, es bueno; pero el día que uno necesita de ellos, mentira, ni preguntan..."

Este golpe que me dio un caballo; en el Seguro me incapacitaron y no fue para mandar a preguntar: ¿mirá, cómo anda ese diablo?

—¿Considera que es muy duro el trabajo de sabanero?

—Tal vez por una parte sí es duro; y por otra parte, es un trabajo de todo el día.

—¿Ha tenido accidentes graves?

—Casi nunca; hasta ahorita fue que me pegó un golpazo un novillo por el pecho, con el cacho, y no me he olvidado. Se me tiró encima con todo y caballo. El caballo quedó sentado y yo caí para abajo.

—¿Lo ha embestido algún novillo cimarrón?

—No, nunca; aquí casi no hay cimarrones. Tampoco me ha golpeado ni rama ni palo donde ando en los tacotales, gracias a Dios.

—Se dice que por estos llanos sale el tigre; ¿usted se ha topado con algún bicho de esos?

—Ah, cómo no; más de uno anda por ahí. Lo he visto y lo he sentido con gran horror, con gran miedo.

—¿Cómo fue eso?

—Cerquita; yo he estado botando un palo y él ha estado detrás; cuando me volví en el palo para abrir la otra boca vi dos cabezas. ¿Dos cabezas? ¿Un animal con dos cabezas? Voy viendo es que andaba un tigrillo en la espalda del grande. Ahí mismo me fui.

—¿Hay mucha cacería por estos contornos?

—Sí, hay bastante. Aquí encuentra usted venado, saíno y cualquier otro bicho. Los ríos tienen mucho guapote y barbudito.



La enorme y sabrosa tortilla guanacasteca es "palmeada" por Lucila Martínez, la fondera de la finca en donde trabaja Natividad.

—Sigamos con su trabajo. ¿Cuánta horas trabaja? ¿Cuántos días a la semana?

—No tenemos tiempo fijo. Trabajamos de lunes a sábado; el domingo es la salida.

—¿Cómo se divierten? ¿Qué hacen los sabaneros una vez terminada la labor?

—Aquí uno se divierte hablando tonteras; si aquí no hay ninguna diversión; unos acostados, otros andando, mientras llega la hora de buscar las tablas para dormir.

—¿Tablas? ¿No tienen colchones?

—¿Colchón? Y eso! Tablas nada más.

—¿No tienen camas?

—Yo tengo una tijaleta porque la compré. Los demás duermen en tablas lisas.

—¿Y el día domingo a dónde van?

—Cada uno a su casa. Yo voy a Liberia; allá tengo la familia ahora.

—¿Usted va a Liberia sólo los domingos?

—A veces salgo los miércoles en la tarde a darle una vuelta a la familia y regreso el jueves oscuro todavía.

—¿Ha ido muchas veces a San José?

—Qué va. Yo conocí San José a la edad de 25 años. Bueno, ahora tengo que ir cada seis meses a una cita que me tienen en el Seguro; voy y vuelvo el mismo día.

—¿Cómo lo tratan en el Seguro?

—Allá me atienden muy bien; yo no tengo ninguna queja del Seguro; me atienden muy bien.

—Díganos, ¿cómo son sus patrones con Ud.?

—Yo lo que veo en los patrones hoy en día es que cuando uno

está bueno, es bueno; pero el día que uno necesita de ellos, mentira, ni preguntan. Eso ya me ha pasado a mí. Este golpe que me dieron, en el Seguro me incapacitaron y no fue para mandar a preguntar; mirá, andá a ver cómo anda ese diablo. Ellos tienen interés en que uno les trabaje y nada más.

—¿Pero, son amables con Uds.?
¿Les dan bromas?

—Pues qué tal, cómo están y nada más. No hay bromas ni conversan con nosotros. Guanacaste es una pura tiranía con el trabajador.

—¿Si se enferma, adónde va?

—Aquí a Liberia; pero si la cosa es seria hay que pedir la cita para ir a San José.

—¿El patrón le ayuda en caso de enfermedad?

—No. Sólo si uno pide platita en empeño pues si se la da; adelantada nada más.

—¿Tiene Ud. algún animalito propio?

—No. Bueno... sólo cuatro muchachos... y la vieja que me acompaña.

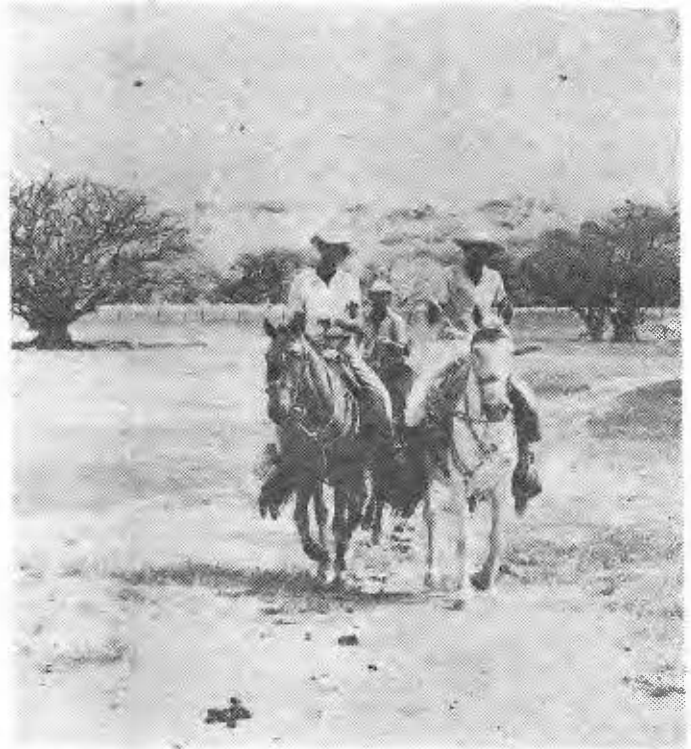
—¿Ha tenido alguna tierrita propia?

—Tenía una carajada ahí, pero la abandoné. Cosas de la vida; bueno, pero uno tiene que llevar a la conclusión cualquier desbarajuste... yo me voy y ahí queda esto, y se va, eso fue lo que hice yo. No le di importancia a lo que tenía sino a lo que había hallado; me enamoré y dejé abandonado todo; se me olvidó que tenía finca y vacas.

—¿Qué opina Ud. de los precaristas? ¿De esa gente que se mete a tierras ajenas para tratar de hacer una finca?

—Bueno, yo les doy la razón. Porque hay muchos que tienen la tierra y no la trabajan. Me parece muy bueno que otros las pongan a trabajar...

Continúa... ✕



En los llanos guanacastecos, los sabaneros al regreso de su labor.